

BIBLIOTECA
DEL EDUCADOR CONTEMPORÁNEO

Dirigida por

GILDA L. DE ROMERO BREST

Directora del Centro de Investigaciones en Ciencias de la Educación del Instituto Torcuato Di Tella

JAIME BERNSTEIN

Ex Director del Instituto de Psicología de la Universidad del Litoral

- 1— Marian Scheifele: *El niño sobredotado en la escuela común*
- 2— Frederick Elkin: *El niño y la sociedad*
- 3— Mary Sheckles: *Cómo enseñar las ciencias al escolar*
- 4— Guy Palmade: *Los métodos en pedagogía*
- 5— Gertrude P. Driscoll: *Cómo estudiar la conducta de los niños*
- 6— W. B. Featherstone: *Cómo enseñar al escolar y al estudiante lentos*
- 7— C. Eric Pearson: *Guía de educación física para el maestro*
- 8— A. T. Jersild y otros: *El niño en la escuela*
- 9— Percival M. Symonds: *Qué enseña la psicología a la educación*
- 10— J. R. Hilgard y otros: *La educación del niño pequeño*
- 11— Max Meenes: *Cómo estudiar para aprender*
- 12— Ruth Strang: *Cómo informar a los padres*
- 13— Fischer Darrow y R. van Allen: *Actividades para el aprendizaje creador*
- 14— A. D. Calvin y otros: *Procesos del aprendizaje infantil*
- 15— L. Anderson y otros: *El maestro y la conducta del niño*
- 16— L. M. Terman y otros: *La inteligencia, el interés y la actitud*
- 17— K. Lewin y otros: *El niño y su ambiente*
- 18— Gertrude P. Driscoll: *Guiando al niño en la escuela*
- 19— F. N. Freeman y otros: *Psicología de las materias escolares y evaluación*
- 20— Glenn Myers Blair y R. Stewart Jones: *Cómo es el adolescente y cómo educarlo*
- 21— A. T. Jersild: *La personalidad del maestro*
- 22— Sten Hegeler: *Cómo elegir los juguetes*
- 23— Willard S. Elsbree: *Cómo hacer progresar al escolar*
- 24— D. Cohen y V. Stern: *Guía para observar la conducta del escolar*
- 25— J. Piaget y otros: *El lenguaje y el pensamiento del niño pequeño*

(Sigue en la página 163)

VOLUMEN

127

319 Melva. (38 pag)
ARMINDA ABERASTURY
MAURICIO KNOBEL (17)

SA
LA ADOLESCENCIA
NORMAL

Un enfoque psicoanalítico

Colaboran

ADOLFO DORNBUSH
NESTOR GOLDSTEIN
GELA ROSENTHAL
EDUARDO SALAS

Una referencia obligada
1971



EDITORIAL PAIDOS — BUENOS AIRES

1ª edición, 1971

© Copyright de todas las ediciones en castellano,
by Editorial Paidós

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723
Impreso en la Argentina. Printed in Argentina

Todos los derechos reservados

INDICE

PREFACIO	7
INTRODUCCION	9
BIBLIOGRAFÍA	14
CAPÍTULO 1	
EL ADOLESCENTE Y LA LIBERTAD por Arminda Aberastury	15
BIBLIOGRAFÍA	34
CAPÍTULO 2	
EL SINDROME DE LA ADOLESCENCIA NORMAL por Mauricio Knobel	35
Normalidad y patología en la adolescencia	35
El síndrome normal de la adolescencia	44
BIBLIOGRAFÍA	104
CAPÍTULO 3	
ADOLESCENCIA Y PSICOPATIA	110
Duelo por el cuerpo, la identidad y los padres infantiles por Arminda Aberastury, Adolfo Dornbusch, Néstor Goldstein, Mauri- cio Knobel, Gela Rosenthal y Eduardo Salas	110
BIBLIOGRAFÍA	126

BIBLIOGRAFIA

- Aberastury, A.: "El mundo del adolescente". Montevideo, *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, III, 1959, pág. 3.
- "Adolescencia y Psicopatía", en A. Aberastury y otros: *Psicoanálisis de la manía y psicopatía*. Buenos Aires, Paidós, 1966, pág. 339.
- Erikson, E. H.: *Infancia y sociedad*. Buenos Aires, Hormé, 1970.
- † — "El problema de la identidad del yo". Montevideo, *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, V, 1963, págs. 2-3.
- Garbarino, M. F. de y Garbarino, H.: "La adolescencia". Montevideo, *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, IV, nº 3, años 1961-62.
- Garbarino, M. F. de: "Identidad y adolescencia". Montevideo, *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, V, nºs. 2-3, 1963.
- Grinberg, L.: "El individuo frente a su identidad". Montevideo, *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, XVII, nº 4, 1961.
- Josselyn, Irene M.: *El adolescente y su mundo*. Buenos Aires, Psique.
- Pearson, G.: *La adolescencia y el conflicto de las generaciones*. Buenos Aires, Siglo Veinte.

Capítulo 2

EL SINDROME DE LA ADOLESCENCIA NORMAL

por MAURICIO KNOBEL

NORMALIDAD Y PATOLOGIA EN LA ADOLESCENCIA

COINCIDO plenamente con los autores que, al estudiar la adolescencia, destacan la importancia de los factores socioculturales en la determinación de la fenomenología expresiva en esta edad de la vida. Por supuesto, lo mismo cabría señalar para cualquier otra etapa vital del ser humano. Es por ello que considero que, en general, cuando se establecen criterios diferenciales de tipo social, sociocultural, económico, etcétera, como predominantes en el estudio de la adolescencia, se está escotomizando, por lo menos en parte, el problema básico fundamental de la *circunstancia evolutiva* que significa esta etapa, con todo su bagaje biológico individualizante.

Estudiar la adolescencia, tan sólo como una característica social determinada sería realizar

una abstracción muy parcial de todo un proceso humano que es necesario considerar dentro de una verdadera totalidad del conocimiento de la psicología evolutiva.

Considero que, de acuerdo con lo que acabo de señalar, este período de la vida, como todo fenómeno humano, tiene su exteriorización característica dentro del marco cultural-social en el cual se desarrolla. Así, debemos por una parte considerar la adolescencia como un fenómeno específico dentro de toda la historia del desarrollo del ser humano, y, por otra parte, estudiar su expresión circunstancial de tipo geográfico y temporal histórico-social.

Ya G. Stanley Hall sostenía que el desarrollo y las concomitancias de conducta del mismo se producen "de acuerdo con pautas inevitables, inmutables, universales e independientes del ambiente sociocultural" (Muuss) (50). Aunque esta idea ha sido sumamente discutida y refutada, en especial por los psicólogos sociales, vemos que el concepto básico pasa por períodos de revitalización y que aun investigadores altamente calificados del campo psicológico social, como Sherif y Sherif, reconocen que "los principios psicológicos fundamentales que obran en todos estos ambientes sociales podrían ser los mismos" (61).

No hay duda alguna de que el elemento sociocultural influye con un determinismo específico en las manifestaciones de la adolescencia, pero también tenemos que tener en cuenta que tras esa expresión sociocultural existe un basamento psicobiológico que le da características univer-

sales. Pretender que el redespertar de la sexualidad en el nivel de madurez genital no es un fenómeno básico de la adolescencia en nuestro medio, sería como pretender que el proceso mismo de la civilización no acontece en la realidad y que toda la circunstancia socioeconómica de desarrollo no ha sucedido y que la civilización no ha ocurrido como un fenómeno que incide directamente sobre la personalidad. Sería también admitir que no ha habido una sexualidad previa y que la personalidad es un sinónimo directo de *madurez* únicamente. Según este criterio se podría arribar a la conclusión, absurda por cierto desde el punto de vista evolutivo, de que sólo los adultos tendrían personalidad y, también por eso, sólo ellos tendrían sexualidad.

Teniendo en cuenta estos conceptos, al aproximarnos a la adolescencia en *nuestro medio* y con la *objetividad* necesaria para el investigador —que implica, por supuesto, considerar la situación actual del propio investigador y del objeto investigado—, nos ubicamos en el aquí y ahora del mundo adolescente, como un *presente* actual, reconociendo que por razones de ideología científica tenemos un preconceito que define nuestro marco referencial teórico.

La experiencia psicoanalítica del tratamiento de adolescentes que concurren o son traídos a la consulta, muchas veces por consideraciones no sólo de tipo patológico en el sentido estricto del término, sino de conducta *considerada* como "anormal" dentro del marco familiar o social de nuestro medio, y la experiencia psicoanalítica con adolescentes con verdaderos trastornos psi-

copatológicos, que no son sino la expresión magnificada, distorsionada, pero que ocurre en la evolución normal, nos brinda otra fuente de información. Si a ello unimos los grupos de padres, los tratamientos de adultos en donde se hace una reconstrucción del mundo de su adolescencia, veremos otra perspectiva más de lo que significa este período evolutivo. Debemos añadir a esto la experiencia con grupos de orientación de padres, los de orientación para madres y grupos de discusión de jóvenes y de adultos, como otro de los aspectos significativos para comprender lo que ocurre con la adolescencia.

Por otra parte, también he investigado mediante la utilización de cuestionarios, tests psicológicos, grupos de discusión con adolescentes, completando esto con investigaciones sistemáticas desde el punto de vista de la indagación psicológica, lo que me ha permitido arribar a algunas conclusiones que son las que trato de unificar y transmitir aquí (30) (31) (35) (36) (40) (41).

Conuerdo con Sherif y Sherif (61) en que la adolescencia está caracterizada fundamentalmente por ser un período de transición entre la pubertad y el estadio adulto del desarrollo y que en las diferentes sociedades este período puede variar como varía el reconocimiento de la condición adulta que se le da al individuo. Sin embargo, existe, como base de todo este proceso, una circunstancia especial, que es la característica propia del proceso adolescente en sí, es decir, una situación que obliga al individuo a re-

formularse los conceptos que tiene acerca de sí mismo y que lo lleva a abandonar su autoimagen infantil y a proyectarse en el futuro de su adultez. El problema de la adolescencia debe ser tomado como un proceso universal de cambio, de desprendimiento, pero que se teñirá con connotaciones externas peculiares de cada cultura que lo favorecerán o dificultarán, según las circunstancias.

Abstraer la adolescencia del continuum que es el proceso evolutivo y estudiarla tan sólo como una etapa preparatoria para la madurez, significa para mí un adultomorfismo que es necesario superar, ya que induce a prejuicios de investigación, a los que después resulta difícil substraerse. Esto no implica negar que el sino de la adolescencia es integrarse en ese mundo del adulto en donde tendrá que aceptar su nueva configuración de ser humano, su morfología adulta y la capacidad del ejercicio de su genitalidad para la procreación.

Enfocado así el problema de la adolescencia, esta metodología podría aparecer poco sistemática. Sin embargo, debemos tener presente, como lo han señalado Thorpe y Johnson (66) que algunos estudios muy sistemáticos pueden estereotipar al adolescente individual y dar un cuadro equivocado.

En trabajos anteriores (30) (32) (33) (34) (35) he llegado a definir a la adolescencia como: "la etapa de la vida durante la cual el individuo busca establecer su identidad adulta, apoyándose en las primeras relaciones objetales-paren-

tales internalizadas y verificando la realidad que el medio social le ofrece, mediante el uso de los elementos biofísicos en desarrollo a su disposición y que a su vez tienden a la estabilidad de la personalidad en un plano genital, lo que sólo es posible si se hace el duelo por la identidad infantil". Por supuesto, doy por sobreentendido que cuando hablo de identidad, como ya lo he indicado, hablo de un continuum y que no me estoy refiriendo a la capacidad que tiene el adolescente para lograr una identidad determinada, como veremos enseguida.

El proceso de duelo es básico y fundamental y se expone en los capítulos que, con la inspiración y siguiendo las ideas fundamentales de Arminda Aberastury, se presentan en este libro.

Pienso que la estabilización de la personalidad no se logra sin pasar por un cierto grado de conducta "patológica" que, según mi criterio, debemos considerar inherente a la evolución *normal* de esta etapa de la vida.

Frente a un mundo tan cambiante y a un individuo que, como el adolescente, presenta una cantidad de actitudes también cambiantes, éste no puede sino manejarse en una forma muy especial, que de ninguna manera puede compararse siquiera con lo que sería la verdadera normalidad en el concepto adulto del término.

El concepto de *normalidad* no es fácil de establecer, ya que en general varía en relación con el medio socioeconómico, político y cultural, como ya lo he indicado. Por lo tanto, resulta generalmente una abstracción con validez operativa para el investigador que, ubicado en un

medio determinado, se rige por las normas sociales vigentes en forma implícita o explícita.

He señalado en otra oportunidad (32) que la normalidad se establece sobre las pautas de adaptación al medio, y que no significa *sometimiento al mismo*, sino más bien la capacidad de utilizar los dispositivos existentes para el logro de las satisfacciones básicas del individuo en una interacción permanente que busca modificar lo displacentero o lo inútil a través del logro de sustituciones para el individuo y la comunidad. Por supuesto que, como lo destaca J. A. Merloo (45), la personalidad bien integrada no es siempre la mejor adaptada, pero tiene, sí, la fuerza interior como para advertir el momento en que una aceptación temporaria del medio puede estar en conflicto con la realización de objetivos básicos, y puede también modificar su conducta de acuerdo con sus necesidades circunstanciales. Este es el aspecto de la conducta en que el adolescente en términos generales puede fallar. Al vivir una etapa fundamental de transición, su personalidad tiene características especiales que nos permiten ubicarlo entre las llamadas personalidades "marginales", en el sentido de la adaptación y la integración que acabamos de esbozar. Anna Freud (21) dice que es muy difícil señalar el límite entre lo normal y lo patológico en la adolescencia, y considera que, en realidad, toda la conmovición de este período de la vida debe ser estimada como normal, señalando además que sería anormal la presencia de un equilibrio estable durante el proceso adolescente.

Las luchas y rebeldías externas del adolescente no son más que reflejos de los conflictos de dependencia infantil que íntimamente aún persisten. Los procesos de duelo obligan a actuaciones que tienen características defensivas, de tipo psicopático, fóbico o contrafóbico, maniaco o esquizoparanoide, según el individuo y sus circunstancias. Es por ello que considero que puedo hablar de una verdadera "patología normal" del adolescente, en el sentido de que precisamente éste exterioriza sus conflictos de acuerdo con su estructura y sus experiencias.

Así como sabemos que hay fantasías psicóticas en el bebé —por nuestra experiencia clínica psicoanalítica— vemos en la adolescencia la exteriorización, modificada por la experiencia previa, de los remanentes de esas fantasías.

Para Erikson existe en la adolescencia un cambio que es fundamentalmente crítico. Este autor habla de tres estadios en el proceso evolutivo, que sintetiza en: *niño*, *adolescente* y *adulto*, basándose en conceptos de Piaget, y aceptando que uno no es un adulto adulto (ni fue un niño niño, ni se convirtió en adolescente adolescente) sin lo que Piaget llama "conflicto" y que él prefiere llamar "crisis" (17). Destaca entonces que, "de hecho, para cada unidad de éstas, corresponde una crisis mayor, y cuando, por cualquier razón, una crisis tardía es severa, se reviven las crisis más tempranas". La adolescencia adolescente es entonces, según este criterio, también conflictiva, como fácilmente se puede inferir.

Sobre estas bases, y teniendo en cuenta el criterio evolutivo de la psicología, considero que la adolescencia, más que una etapa estabilizada, es proceso, desarrollo, y que por lo tanto su aparente patología debe admitirse y comprenderse para ubicar sus desviaciones en el contexto de la realidad humana que nos rodea.

El adolescente atraviesa por desequilibrios e inestabilidad extremas de acuerdo con lo que conocemos de él. En nuestro medio cultural, nos muestra períodos de elación, de ensimismamiento, alternando con audacia, timidez, incoordinación, urgencia, desinterés o apatía, que se suceden o son concomitantes con conflictos afectivos, crisis religiosas en las que se puede oscilar del ateísmo anárquico al misticismo fervoroso, intelectualizaciones y postulaciones filosóficas, ascetismo, conductas sexuales dirigidas hacia el heteroerotismo y hasta la homosexualidad ocasional. Todo esto es lo que yo he llamado una entidad semipatológica, o si se prefiere, un "síndrome normal de la adolescencia" (30) (32) (34) (35) (36). Debo aquí también señalar, parentéticamente, que estas características no son exclusivamente nuestras, de nuestro medio particular, sino que es posible verlas en distintas culturas y dentro de distintos marcos socioeconómicos de vida como lo he podido apreciar en el Seminario Psiquiátrico Transcultural sobre Adolescencia realizado en mayo de 1968 por la Asociación Norteamericana de Psiquiatría durante su 124º Congreso Anual (37). La mayor o menor anormalidad de este síndrome normal al que acabo de referirme, se deberá, en gran

parte, a los procesos de identificación y de duelo que haya podido realizar el adolescente. En la medida en que haya elaborado los duelos, que son en última instancia los que llevan a la identificación, el adolescente verá su mundo interno mejor fortificado y, entonces, esta normalidad será menos conflictiva y por lo tanto menos perturbadora.

EL SINDROME NORMAL DE LA ADOLESCENCIA

Sintetizando las características de la adolescencia, podemos describir la siguiente "sintomatología" que integraría este síndrome: 1) búsqueda de sí mismo y de la identidad; 2) tendencia grupal; 3) necesidad de intelectualizar y fantasear; 4) crisis religiosas que pueden ir desde el ateísmo más intransigente hasta el misticismo más fervoroso; 5) desubicación temporal, en donde el pensamiento adquiere las características de pensamiento primario; 6) evolución sexual manifiesta que va desde el autoerotismo hasta la heterosexualidad genital adulta; 7) actitud social reivindicatoria con tendencias anti o asociales de diversa intensidad; 8) contradicciones sucesivas en todas las manifestaciones de la conducta, dominada por la acción, que constituye la forma de expresión conceptual más típica de este período de la vida; 9) una separación progresiva de los padres, y 10) constantes fluctuaciones del humor y del estado de ánimo.

Deliberadamente acepto la contradicción que significa el asociar *síndrome*, que implica entidad clínica, con *normalidad*, que significaría estar fuera de la patología. Sin embargo, el convivir social y nuestras estructuras institucionales nos hacen ver que las normas de conducta están establecidas, manejadas y regidas por los individuos adultos de nuestra sociedad. Es sobre esta intercorrelación generacional, y desde la mira regente y directiva, que podemos, y creo yo que *debemos*, estar capacitados para observar la conducta juvenil como algo que aparentemente es seminormal o semipatológico, pero que sin embargo, frente a un estudio más objetivo, desde el punto de vista de la psicología evolutiva y de la psicopatología, aparece realmente como algo coherente, lógico y normal.

Por otro lado, esta manera de encarar el problema permite aceptar los desajustes y desencuentros, valorarlos con mayor corrección y utilizar el impacto generacional no como fuente de conflictos negativos, sino más bien como encuentro inquietante que facilite el desarrollo de la humanidad.

Veamos ahora las características fundamentales de las situaciones antes enunciadas como "síntomas".

1. Búsqueda de sí mismo y de la identidad

Establecido el aparato psíquico inmediatamente después del nacimiento (28) y aceptando además que el psiquismo está ya estructurado de una determinada manera durante el período

embrionario y fetal (54), vemos que se comienzan a elaborar las ansiedades básicas, substrato de la personalidad desde el nacimiento mismo, en un proceso psicológico que en un continuum llevará al individuo hacia la madurez.

El período infantil y el de la adolescencia no deben ser vistos, según ya lo he indicado, sólo como una preparación para la madurez, sino que es necesario enfocarlos con un criterio del momento actual del desarrollo y de lo que significa el ser humano en esas etapas de la vida. Es lógico aceptar que el sino de la adolescencia es entrar al mundo del adulto, pero tenemos que reconocer que la *identidad* es una característica de cada momento evolutivo. Como para nosotros la adolescencia es también un momento del desarrollo, una etapa más en el proceso total del vivir, debemos tratar de observar cuáles son las características fundamentales que aparecen en ese período vital.

Es preciso destacar que el poder llegar a utilizar la genitalidad en la procreación es un hecho biopsicodinámico que determina una modificación esencial en el proceso del logro de la identidad adulta y que caracteriza la turbulencia e inestabilidad de la identidad adolescente. El acontecimiento de la maduración genital, psicodinámicamente considerado, junto con la reactivación de todas las etapas pregenitales (en las que por supuesto es preciso incluir la *fase genital previa* (3) (4) (5) que es la que marca gran parte de las modalidades de conducta del adolescente y luego del adulto) de la evolución

libidinal y con la interacción tumultuosa de los procesos psicológicos básicos de disociación, proyección, introyección e identificación, irán estableciendo, de una manera algo confusa al principio y más estructurada después, la personalidad más o menos definida. Es decir, se logrará llegar a una verdadera cristalización del arduo proceso de individuación, que sería una de las funciones esenciales de esta etapa de la vida. El niño entra en la adolescencia con dificultades, conflictos e incertidumbres que se magnifican en este momento vital, para salir luego a la madurez estabilizada con determinado carácter y personalidad adultos. Se logra lo que Erikson (15) ha definido como una entidad yoica, una entidad personal, y lo que Nixon (51) ha denominado la autocognición. Según este último autor, la autocognición es un fenómeno esencialmente biológico y se relaciona con el concepto de "sí mismo" (*self*) o sea, el símbolo que cada uno posee de su propio organismo. Entiendo que esto se produce en realidad en todas las etapas del desarrollo y que adquiere especiales características en la adolescencia. La idea del sí mismo o del "self" implica algo mucho más amplio en todas las etapas del desarrollo. Es el conocimiento de la individualidad biológica y social, del ser psicofísico en su mundo circundante que tiene características especiales en cada edad evolutiva. La consecuencia final de la adolescencia sería un conocimiento del sí mismo como entidad biológica en el mundo, el todo biopsicosocial de cada ser en *ese* momento de la vida. Al concepto del "self" como entidad psico-

lógica, se une el conocimiento del substrato físico y biológico de la personalidad. El cuerpo y el esquema corporal son dos variables íntimamente interrelacionadas que no deben desconocerse en la ecuación del proceso de definición del *sí mismo* y de la identidad.

Puede aceptarse que en la pubertad ocurran cambios físicos en tres niveles fundamentales (9) que son: un primer nivel donde la activación de las hormonas gonadotróficas de la hipófisis anterior produce el estímulo fisiológico necesario para la modificación sexual que ocurre en este período de la vida. En el segundo nivel tenemos las consecuencias inmediatas de la secreción de la gonadotropina hipofisiaria y de la prosecución de la secreción de la hormona de crecimiento de la misma hipófisis: la producción de óvulos y espermatozoides maduros y también el aumento de la secreción de hormonas adrenocorticales como resultado de la estimulación de la hormona adrenocorticotrófica. En el tercer nivel se encuentra el desarrollo de las características sexuales primarias (con el agrandamiento del pene, los testículos, o el útero y la vagina) y el desarrollo de las características sexuales secundarias (con la maduración de los pechos, la modificación de la cintura escapularia y pelviana, el crecimiento del vello pubiano, los cambios de voz), a los que debemos agregar las modificaciones fisiológicas del crecimiento en general y de los cambios de tamaño, peso y proporción del cuerpo que se dan en este período vital. En nuestro medio, Schteingart (58) ha presentado una descripción exhaustiva de lo que

ocurre con las modificaciones endocrinas en este período de la vida.

El esquema corporal es una resultante intrapsíquica de la realidad del sujeto, es decir, es la representación mental que el sujeto tiene de su propio cuerpo como consecuencia de sus experiencias en continua evolución. Esta noción del individuo se va estableciendo desde los primeros movimientos dinámicos de disociación, proyección e introyección que permiten el conocimiento del "self" y del mundo exterior, es decir, del mundo interno y del mundo externo (39). Aquí son de fundamental importancia los procesos de duelo con respecto al cuerpo infantil perdido, que obligan a una modificación del esquema corporal y del conocimiento físico de sí mismo en una forma muy característica para este período. Por supuesto, esto va ocurriendo con características diferentes desde el comienzo mismo de la vida, pero cristaliza, en virtud de lo recién indicado, de una manera muy significativa y especial en la adolescencia. (Los procesos de duelo son descriptos ampliamente más adelante en este libro.)

El logro de un "autoconcepto" es lo que también Sherif y Sherif (61) llaman el yo, desde un punto de vista psicológico no-psicoanalítico señalando que este autoconcepto se va desarrollando a medida que el sujeto va cambiando y se va integrando con las concepciones que acerca de él mismo tienen muchas personas, grupos e instituciones, y va asimilando todos los valores que constituyen el ambiente social. Concomitantemente, se va formando este sentimiento de

identidad, como una verdadera experiencia de "autoconocimiento" (24). El psicoanálisis confirma estas ideas y también acepta que es necesario integrar todo lo pasado, lo experimentado, lo internalizado (y también lo desechado), con las nuevas exigencias del medio y con las urgencias instintivas o, si se prefiere, con las modalidades de relación objetal establecidas en el campo dinámico de las relaciones interpersonales. El adolescente necesita darle a todo esto una continuidad dentro de la personalidad, por lo que se establece una búsqueda de un nuevo sentimiento de continuidad y mismidad (16). Para Erikson (18), el problema clave de la identidad consiste en la capacidad del yo de mantener la mismidad y la continuidad frente a un destino cambiante, y por ello la identidad no significa para este autor un sistema interno, cerrado, impenetrable al cambio, sino más bien un proceso psicosocial que preserva algunos rasgos esenciales tanto en el individuo como en su sociedad.

Para Sorenson (62), la identidad es la creación de un sentimiento interno de mismidad y continuidad, una unidad de la personalidad sentida por el individuo y reconocida por otro, que es el "saber quién soy".

Grinberg (24) dice que el sentimiento de identidad "implica la noción de un yo que se apoya esencialmente en la continuidad y semejanza de las fantasías inconscientes referidas primordialmente a las sensaciones corporales, a las tendencias y afectos en relación con los objetos del mundo interno y externo y a las ansiedades co-

rrespondientes, al funcionamiento específico en calidad de intensidad de los mecanismos de defensa y al tipo particular de identificaciones asimiladas resultantes de los procesos de introyección y proyección".

De la infancia no se pasa al pleno actuar genital procreativo, sino que se atraviesa primero por lo que Erikson (15) ha llamado "la moratoria psicosexual", donde no se requieren roles específicos y se permite experimentar con lo que la sociedad tiene para ofrecer con el fin de permitir la ulterior definición de la personalidad.

En esta búsqueda de identidad, el adolescente recurre a las situaciones que se presentan como más favorables en el momento. Una de ellas es la de la uniformidad, que brinda seguridad y estima personal. Ocurre aquí el proceso de doble identificación masiva, en donde todos se identifican con cada uno, y que explica, por lo menos en parte, el proceso grupal de que participa el adolescente y del que enseguida he de ocuparme.

En ocasiones, la única solución puede ser la de buscar lo que el mismo Erikson (15) ha llamado también "una identidad negativa", basada en identificaciones con figuras negativas pero reales. Es preferible ser alguien, perverso, indeseable, a no ser nada. Esto constituye una de las bases del problema de las pandillas de delinquentes, los grupos de homosexuales, los adictos a las drogas, etcétera. La realidad suele ser mezquina en proporcionar figuras con las que se pueden hacer identificaciones positivas y entonces, en la necesidad de tener una identidad,

se recurre a ese tipo de identificación, anómalo pero concreto. Esto ocurre muchas veces, sobre todo cuando ya hubo trastornos en la adquisición de la identidad infantil. Además, cuando los procesos de duelo por los aspectos infantiles perdidos se realizan en forma patológica, la necesidad del logro de una identidad suele hacerse sumamente imperiosa para poder abandonar la del niño, que se sigue manteniendo.

Grinberg (24) destaca la posibilidad de la disconformidad con la personalidad adquirida y el deseo de lograr otra por medio de la identificación proyectiva. Esta puede ser movilizada por la envidia, uno de los sentimientos más importantes que entran en juego en las relaciones de objeto (29). Las primeras etapas del desarrollo se caracterizan porque el bebe puede envidiar el pecho que no lo satisface y fantasear con su destrucción de acuerdo con la teoría kleiniana. Es éste un sentimiento negativo, ya que busca apoderarse del objeto y dañarlo. Se impide así la escisión del mismo en bueno y malo y se crean situaciones confusionales (59). Sobre esta base, los atributos masculinos o femeninos pueden llegar a ser envidiados indistintamente, y la *identidad sexual* del sujeto se perturba dificultando notablemente la solución del proceso edípico adolescente. Puede ocurrir aquí la "identificación con el agresor", en la cual el adolescente adopta las características de personalidad de quienes han actuado agresiva y persecutoriamente con él.

Existen también problemas de pseudoidentidad, expresiones manifiestas de lo que se qui-

siera o pudiera ser y que ocultan la identidad latente, la verdadera (24).

Como se verá en el capítulo sobre los mecanismos de defensas predominantes en los adolescentes, la angustia que se despierta en éstos, vinculada con el trastorno de la percepción del decurso del tiempo, puede impulsarlos a iniciar precozmente su vida genital o a sustitutos socializados de ésta, aun antes de haber aceptado su identidad genital, como si no pudiesen esperar a que ésta llegue. En esta premura, que puede interpretarse como una forma maníaca de buscar la identidad adulta, es posible llegar a la adquisición de "ideologías" que son sólo defensivas o, en muchos casos, tomadas en préstamo de los adultos, las que no están auténticamente incorporadas al yo.

Todo lo antedicho es lo que puede llevar al adolescente a adoptar distintas identidades. Las *identidades transitorias* son las adoptadas durante un cierto período, como por ejemplo el lapso de machismo en el varón o de la precoz seducción histeroide en la niña —descrita con precisión en la novela *Lolita*, de Novokof—, del adolescente "bebe" o del adolescente muy "serio, muy adulto"; las *identidades ocasionales* son las que se dan frente a situaciones nuevas, como por ejemplo en el primer encuentro con una pareja, el primer baile, etcétera, y las *identidades circunstanciales* son las que conducen a identificaciones parciales transitorias que suelen confundir al adulto, sorprendido a veces ante los cambios en la conducta de un mismo adolescente que recurre a este tipo de

identidad como por ejemplo, cuando el padre ve a su hijo adolescente, de acuerdo a como lo ven en el colegio, en el club, etcétera, y no como él habitualmente lo ve en su hogar, y en su relación con él mismo.

Este tipo de "identidades" son adoptadas sucesiva o simultáneamente por los adolescentes, según las circunstancias. Son aspectos de la *identidad adolescente*, que estoy describiendo, y que surgen como una de sus características fundamentales, relacionadas con el proceso de separación —que ulteriormente podrá ser definitiva—, de las figuras parentales, con aceptación de una identidad independiente.

Debemos tener en cuenta también que esto puede interpretarse como el resultado del manejo de las ansiedades persecutorias y de las capacidades autodestructivas que obligan a la fragmentación del yo y de los objetos con los cuales éste se pone en contacto, con la consiguiente proyección al exterior de estas imágenes amenazantes. No pocas veces se experimenta el desprendimiento como una prueba definitiva para el yo, puesto que sólo perdiendo los aspectos que resultan ya inútiles (padres infantiles persecutorios destruidos) se pueden integrar otros nuevos dentro de la personalidad. Mientras esto se realiza, se configura un sentimiento depresivo que precipita un anhelo de completarse que en muchos individuos produce un "sentimiento anticipatorio de ansiedad y depresión referida al yo", como dice Grinberg (24), y que obliga a aferrarse a precarios estados de identidad con el fin de preservarse de alteraciones muy temidas.

Según este autor, son microdepresiones y microduelos que previenen y preparan al yo ante el peligro de depresiones más severas, como son las que ocurren en los grandes cambios de personalidad y que se producen ante acontecimientos importantes de la vida, que implican estructuraciones más permanentes y progresivas.

En la adolescencia todo esto ocurre con una intensidad muy marcada.

La situación cambiante que significa la adolescencia obliga a reestructuraciones permanentes externas e internas que son vividas como intrusiones dentro del equilibrio logrado en la infancia y que obligan al adolescente, en el proceso para lograr su identidad, a tratar de refugiarse férreamente en su pasado mientras trata también de proyectarse intensamente en el futuro.

Realiza un verdadero proceso de duelo por el cual al principio niega la pérdida de sus condiciones infantiles y tiene dificultades en aceptar las realidades más adultas que se le van imponiendo, entre las que, por supuesto, se encuentran fundamentalmente las modificaciones biológicas y morfológicas de su propio cuerpo.

Algunos autores separan la pubertad de la adolescencia, por cuanto esta última implicaría algo más que los cambios físicos (50), pero no hay duda alguna de que estos cambios participan activamente del proceso adolescente, al punto de formar con él un todo indehisciente. El muchacho presenta el crecimiento del pelo axilar, pubiano y facial, el cambio de voz, el incremento muscular y el comienzo de la emisión se-

minal. La niña también muestra la aparición del pelo axilar y pubiano, la acentuación de las caderas, el desarrollo del busto, y el comienzo de la ovulación y de la menstruación (9). Todos estos cambios que se van sucediendo crean gran preocupación. A veces la ansiedad es tan grande que surge lo que ya he señalado como disconformidad con la propia identidad, que se proyecta entonces al organismo. Un grupo de varones y niñas, interrogados acerca de si desearían un cambio de su aspecto físico, contestó en su gran mayoría que sí (49), lo que demuestra cómo el adolescente vive estos cambios corporales como perturbadores. La incoordinación muscular, debido al desparejo crecimiento osteomuscular, el aspecto desmañado, la falta de similitud con los que lo rodean en el medio familiar, despiertan en el adolescente sentimientos de extrañeza e insatisfacción. Esto contribuye a crear ese sentimiento de "despersonalización" unido por supuesto a la elaboración psicológica de la identidad que estoy describiendo. Hay aquí ciertos patrones de aspecto físico que se tratan de imitar y de seguir en las identificaciones, y que están culturalmente determinados. Es muy acertada la afirmación de Mira y López (46) en el sentido de que en nuestro medio cultural se observa en torno, por ejemplo, del vello facial, toda una gran preocupación. Surge lo que este autor llama la "tricofilia" del varón y la "tricofobia" de la muchacha.

Estos cambios son percibidos no sólo en el exterior corporal sino como una *sensación* general de tipo físico. Hay, como dice Aníbal Pon-

ce (53), una verdadera cenestesia, subjetiva e inexpresable.

Los procesos de identificación que se han ido llevando a cabo en la infancia mediante la incorporación de imágenes parentales buenas y malas, son los que permitirán una mejor elaboración de las situaciones cambiantes que se hacen difíciles durante el período adolescente de la vida. El proceso de duelo que se efectúa, como todo proceso de duelo, necesita tiempo para ser realmente elaborado y no tener las características de una actuación de tipo maniaco o psicopático, lo que explica que el verdadero proceso de entrar y salir de la adolescencia sea tan largo y no siempre plenamente logrado.

La búsqueda incesante de saber qué identidad adulta se va a constituir es angustiante, y las fuerzas necesarias para superar estos microduelos y los duelos aun mayores de la vida diaria, se obtienen de las primeras figuras introyectadas que forman la base del yo y del superyo, de este mundo interno del ser. La integración del yo se produce por la elaboración del duelo por partes de sí mismo y por sus objetos (25). Un buen mundo interno surge de una relación satisfactoria con los padres internalizados y de la capacidad creadora que ellos permiten, como lo señala Arminda Aberastury (2), quien destaca que ese mundo interno, que posibilita una buena conexión interior, una huida defensiva en la cual el adolescente "mantiene y refuerza su relación con los objetos internos y elude los externos", es el que facilita un buen reajuste

emocional y el establecimiento de la identidad adolescente.

Sobre la base de lo ya dicho, creo lógico señalar que la *identidad adolescente* es la que se caracteriza por el cambio de relación del individuo, básicamente con sus padres. (Me refiero a la relación con los padres externos reales y a la relación con las figuras parentales internalizadas.) Por supuesto, la separación de éstos comienza desde el nacimiento, pero es durante la adolescencia cuando los seres humanos, como dicen Gallagher y Harris (23), "quieren desesperadamente ser ellos mismos". Como estos mismos autores señalan, "luchar por alcanzar la madurez no es lo mismo que ser maduro". En la adolescencia el individuo da un nuevo paso para estructurarse en la preparación para la adultez. Dentro del continuum de su identidad, los elementos biológicos introducen una modificación irreversible. Ya no se volverá a tener jamás el cuerpo infantil. Aunque todo el proceso evolutivo está jalonado de microduelos, aquí se inicia un duelo mucho más evidente y significativo, al cual acompañarán los duelos por el rol y la identidad infantiles (junto con el duelo por la bisexualidad) y por esos padres de la infancia a quienes tanto se los necesitaba y de los cuales se podía depender.

La presencia externa, concreta, de los padres empieza a hacerse innecesaria. Ahora la separación de éstos no sólo es posible, sino ya necesaria. Las figuras parentales están internalizadas, incorporadas a la personalidad del sujeto, y éste puede iniciar su proceso de *individuación*.

El volumen, la configuración y la calidad de las figuras parentales internalizadas adecuadamente, enriquecieron al yo, reforzaron sus mecanismos defensivos útiles, permitieron el desarrollo de sus áreas más sanas o, si se prefiere, de las no psicóticas, estructuraron el superyo, y lo dotaron de las necesarias características encauzadoras de la vida sexual que *comienza a poder exteriorizarse en la satisfacción genital*, ahora biológicamente posible. El nivel genital adulto, con características procreativas, todavía no se ha logrado plenamente (Ashley Montagu nos habla de la "esterilidad del organismo adolescente"), pero el llamado de la sexualidad a la satisfacción genital, que comenzó ya en la fase genital previa, es ahora una realidad fáctica. Esa es otra de las situaciones de cambio que se produce en la adolescencia, y que influyen en las características de cómo es en ese entonces la búsqueda de sí mismo y de la identidad.

2. La tendencia grupal

Ya he señalado que, en su búsqueda de la identidad adolescente, el individuo, en esa etapa de la vida, recurre como comportamiento defensivo a la búsqueda de *uniformidad*, que puede brindar seguridad y estima personal. Allí surge el espíritu de grupo al que tan afecto se muestra el adolescente. Hay un proceso de sobreidentificación masiva, en donde todos se identifican con cada uno. A veces el proceso es tan intenso que la separación del grupo parece casi imposible y el individuo pertenece más al grupo de

coetáneos que al grupo familiar. No puede apartarse de la "barra" ni de sus caprichos o modas. Por eso se inclina a los dictados del grupo, en cuanto a modas, vestimenta, costumbres, preferencias de distinto tipo, etcétera.

En otro nivel, las actuaciones del grupo y de sus integrantes representan la oposición a las figuras parentales y una manera activa de determinar una identidad distinta de la del medio familiar. En el grupo el individuo adolescente encuentra un reforzamiento muy necesario para los aspectos cambiantes del yo que se producen en este período de la vida.

De esta manera, el fenómeno grupal adquiere una importancia trascendental ya que se transfiere al grupo gran parte de la dependencia que anteriormente se mantenía con la estructura familiar y con los padres en especial. El grupo constituye así la transición necesaria en el mundo externo para lograr la individuación adulta. El grupo resulta útil para las disociaciones, proyecciones e identificaciones que siguen ocurriendo en el individuo, pero con características que difieren de las infantiles. Después de pasar por la experiencia grupal, el individuo podrá empezar a separarse de la "barra" y asumir su identidad adulta. La utilización de los mecanismos esquizoparanoides es muy intensa durante la adolescencia, y el fenómeno grupal favorece la instrumentación de los mismos. Cuando durante este período de la vida el individuo sufre un *fracaso de personificación*, producto de la necesidad de dejar rápidamente los atributos infantiles y asumir una cantidad de obligacio-

nes y responsabilidades para las cuales aún no está preparado, recurre al grupo como un refuerzo para su identidad. Se ve también que una de las luchas más despiadadas es la que se lleva a cabo en defensa de la independencia en un momento en que los padres desempeñan todavía un papel muy activo en la vida del individuo. Por eso es que en el fenómeno grupal el adolescente busca un líder al cual someterse, o si no, se erige él en líder para ejercer el poder del padre o de la madre.

Precisamente, también por los mismos mecanismos de tipo esquizoide a los que me estoy refiriendo, el individuo siente que están ocurriendo procesos de cambio, en los cuales él no puede participar en forma activa, y el grupo viene a solucionar entonces gran parte de sus conflictos. Sin embargo, en virtud de la estructura esquizoide que caracteriza este fenómeno grupal, su propia personalidad suele quedar fuera de todo el proceso que está ocurriendo, especialmente en las esferas del pensamiento, como se verá en el capítulo correspondiente, y el individuo se siente totalmente irresponsable por lo que ocurre a su alrededor. Parecería que el adolescente no tuviese nada que ver con lo que hace, lo que puede explicar actitudes que aparentemente implican una gran dependencia de los adultos pero que se contradicen inmediatamente con demandas y pedidos de ayuda que revelan la extrema dependencia que en realidad tienen.

El fenómeno grupal facilita la *conducta psicopática normal en el adolescente* como se enfa-

tizará en otros capítulos de este texto. El acting-out motor, producto del descontrol frente a la pérdida del cuerpo infantil, se une al acting-out afectivo, producto del descontrol del rol infantil que se está perdiendo; aparecen entonces conductas de desafecto, de crueldad con el objeto, de indiferencia, de falta de responsabilidad, que son típicas de la psicopatía, pero que encontramos en la adolescencia normal. Como se enfatizará luego, la diferencia fundamental reside en que en el psicópata esta conducta es permanente y cristalizada, mientras que en el adolescente normal es un momento circunstancial y transitorio que se somete a rectificación por la experiencia. Por supuesto, también se dan manifestaciones de conducta neurótica o psicótica de distinta naturaleza según las circunstancias y las condiciones internas de cada sujeto.

Al reiterar lo señalado en el capítulo 5 sobre el pensamiento en el adolescente, puedo afirmar que en el psicópata el "cortocircuito afectivo, al eliminar el pensamiento, donde la culpa puede elaborarse, permite el maltrato definitivo de los objetos reales y fantaseados, creando en última instancia un empobrecimiento del yo, que trata de mantenerse irrealmente en una situación infantil de irresponsabilidad, pero con aparente independencia. A diferencia del adolescente normal, que tiene conflictos de dependencia pero que puede reconocer la frustración, la imposibilidad de reconocer y aceptar la frustración obliga a bloquear la culpa e inducir al grupo a la actuación sado-masquista, sin participar de la misma. Puede hacerlo por-

que disocia pensamiento de afecto y utiliza el conocimiento de las necesidades de los demás para provocar su actuación, satisfaciendo así, indiferentemente en apariencia, sus propias ansiedades psicóticas. El adolescente puede, en estas circunstancias, seguir los propósitos del psicópata, y sucumbe en la acción, ya que participa intensa y honestamente de la misma. Es así que el conflicto de identidad en el adolescente normal adquiere en el psicópata la modalidad de una mala fe consciente, que lo lleva a expresiones de pensamiento de tipo cruel, desafectivo, ridiculizante de los demás, como mecanismo de defensa frente a la culpa y al duelo por la infancia perdida que no puede ser elaborada".

3. Necesidad de intelectualizar y fantasear

La necesidad de intelectualizar y fantasear se da como una de las formas típicas del pensamiento del adolescente. En esta obra nos referimos con mayor extensión al tema del pensamiento en esta etapa de la vida en un capítulo especialmente dedicado al tema. Aquí tomo estos mecanismos, que pueden ser por supuesto considerados como mecanismos defensivos, en su expresión fenoménica, y trataré de explicar psicodinámicamente estos síntomas del síndrome de la adolescencia normal.

La necesidad que la realidad impone de renunciar al cuerpo, al rol y a los padres de la infancia, así como a la bisexualidad que acompañaba a la identidad infantil, enfrenta al ado-

lescente con una vivencia de fracaso o de impotencia frente a la realidad externa. Esto obliga también al adolescente a recurrir al pensamiento para compensar las pérdidas que ocurren dentro de sí mismo y que no puede evitar. Las elucubraciones de las fantasías conscientes —me refiero al fantasear— y el intelectualizar, sirven como mecanismos defensivos frente a estas situaciones de pérdida tan dolorosas.

La intelectualización y el ascetismo han sido señalados por Anna Freud (20) como manifestaciones defensivas típicas de la adolescencia.

Esta autora nos muestra que la función del ascetismo es mantener al ello dentro de ciertos límites por medio de prohibiciones, y la función de la intelectualización consistiría en ligar los fenómenos instintivos con contenidos ideativos y hacerlos así accesibles a la conciencia y fáciles de controlar.

La incesante fluctuación de la identidad adolescente, que se proyecta como identidad adulta en un futuro muy próximo, adquiere caracteres que suelen ser angustiantes y que obligan a un refugio interior que es muy característico. Es allí donde, como ya lo he indicado, el mundo infantil desempeña un papel predominante que es absolutamente fundamental tener en cuenta para comprender cómo el adolescente, frente a todos estos embates de su mundo interno cambiante y de su mundo externo indomable y frustrante, puede salir airoso. Como lo ha señalado Arminda Aberastury (2), sólo teniendo una relación adecuada con objetos internos buenos y también con experiencias externas no de-

masiado negativas, se puede llegar a cristalizar una personalidad satisfactoria.

Tal huida en el mundo interior permite, según esta autora, una especie de reajuste emocional, un autismo positivo en el que se da un “incremento de la intelectualización” que lleva a la preocupación por principios éticos, filosóficos, sociales, que no pocas veces implican un formularse un plan de vida muy distinto al que se tenía hasta ese momento y que también permite la teorización acerca de grandes reformas que pueden ocurrir en el mundo exterior. Este mundo exterior se va diferenciando cada vez más del mundo interno y por lo tanto sirve también para defenderse de los cambios incontrolables de este último y del propio cuerpo. Surgen entonces las grandes teorías filosóficas, los movimientos políticos, las ideas de salvar a la humanidad, etcétera. También es entonces cuando el adolescente comienza a escribir versos, novelas, cuentos y se dedica a actividades literarias, artísticas, etcétera.

Es preciso destacar que ésta es una explicación de ciertas manifestaciones culturales y políticas que se dan muy habitualmente en la gran mayoría de los adolescentes. Pero no implica concluir que todas las manifestaciones artísticas, culturales y políticas de los adolescentes tengan forzosamente este substrato, ni que siempre respondan a situaciones conflictivas inmanejables. Quizá cabría entrar aquí a discutir toda la problemática de la sublimación por un lado o el enfoque psicosociológico por el otro, lo que escapa a las posibilidades de este trabajo.

4. Las crisis religiosas

En cuanto a la religiosidad, fenomenológicamente se observa que el adolescente puede manifestarse como un ateo exacerbado o como un místico muy fervoroso, como situaciones extremas. Por supuesto, entre ellas hay una gran variedad de posiciones religiosas y cambios muy frecuentes. Es común observar que un mismo adolescente pasa incluso por períodos místicos o por períodos de un ateísmo absoluto. Esto concuerda con toda la situación cambiante y fluctuante de su mundo interno, al que me estoy refiriendo.

Charlotte Buhler (12) ha dicho que el adolescente "*quiere* dudar, cavilar, quiere buscar, no decidirse...", "y cuando entra en esta edad difícil se pregunta quién es, qué es, para luego intentar una respuesta más o menos adecuada a esta pregunta, interrogarse acerca de qué hacer con él, con lo que él supone que es". La preocupación metafísica emerge entonces con gran intensidad, y las tan frecuentes crisis religiosas no son un mero reflejo caprichoso de lo místico, como a veces suele aparecer a los ojos de los adultos, sino intentos de solución de la angustia que vive el yo en su búsqueda de identificaciones positivas y del enfrentamiento con el fenómeno de la muerte definitiva de parte de su yo corporal. Además, comienza a enfrentar la separación definitiva de los padres y también la aceptación de la posible muerte de los mismos.

Esto nos explica cómo el adolescente puede llegar a tener tanta necesidad de hacer identificaciones proyectivas con imágenes muy idealizadas, que le aseguren la continuidad de la existencia de sí mismo y de sus padres infantiles. La figura de una divinidad, de cualquier tipo de religión, puede representar para él una salida mágica de este tipo. Si las situaciones de frustración son muy intensas y las vivencias de pérdida sumamente penosas, por carencia de buenas relaciones en virtud de las características de las imágenes parentales perseguidoras internalizadas, el refugiarse en una actitud nihilista, como una *aparente* culminación de un proceso de ateísmo reivindicatorio, puede también ser una actitud compensadora y defensiva.

Como muy bien lo afirma González Monclús (26): "Entre ambos extremos, misticismo exacerbado, ateísmo racionalista, es quizás oportuno señalar entre los adolescentes una muy frecuente posición: la del entusiasmo formal en contraposición con una indiferencia frente a los valores religiosos esenciales."

El misticismo, que puede llegar a alcanzar niveles delirantes, y el materialismo con características nihilistas, son actitudes extremas de una forma de desplazamiento a lo intelectual religioso, de cambios concretos y reales que ocurren a nivel corporal y en el plano de la actuación familiar-social que resultan incontrolables en ese nivel fáctico, frente a los cuales la impotencia del adolescente es sentida por éste como absoluta.

Considero que en la construcción definitiva de una ideología, así como de valores éticos o morales, es preciso que el individuo pase por algunas idealizaciones persecutorias, que las abandone por objetos idealizados egosintónicos para luego sufrir un proceso de desidealización que permita construir nuevas y verdaderas ideologías de vida.

5. La desubicación temporal

El pensamiento del adolescente, frente a lo temporal como a lo espacial, adquiere características muy especiales. He desarrollado ampliamente este tema en otro trabajo (38); y mencionaré aquí algunas de mis observaciones y conclusiones.

Desde el punto de vista de la conducta observable es posible decir que el adolescente vive con una cierta desubicación temporal; convierte el tiempo en presente y activo como un intento de manejarlo. En cuanto a su expresión de conducta el adolescente parecería vivir en proceso primario con respecto a lo temporal. Las urgencias son enormes y a veces las postergaciones son aparentemente irracionales.

Observamos aquí esas conductas que desconciertan al adulto. El padre que recrimina a su hijo que estudie porque tiene un examen inmediato, se encuentra desconcertado frente a la respuesta del adolescente: "¡Pero si tengo tiempo!, ¡si el examen es recién... mañana!" Es el caso, igualmente desconcertante para los adultos, de la joven adolescente que llora angustiada

frente a su padre quejándose de la actitud desconsiderada de la madre que no contempla sus necesidades "inmediatas" de tener ese vestido nuevo para su próximo baile. En esas circunstancias el padre trata de solidarizarse con la urgencia de su hija y comprende la necesidad del traje nuevo para esa reunión social tan importante para ella; cuando interroga a la madre acerca del porqué de su negativa, se encuentra sorprendido con la respuesta de que ese baile se va a efectuar dentro de... tres meses.

En realidad, este problema debe ser estudiado, psicodinámicamente, desde la perspectiva que nos ofrece el analizar la paulatina elaboración de las partes no discriminadas de la personalidad a medida que el sujeto va madurando. El individuo se inicia como ser unicelular absolutamente dependiente de un medio (madre) y se desarrolla y diferencia progresivamente. De la indiferenciación más primitiva va a la discriminación (38) que, como ya lo he repetido, se da en un medio social con características determinadas.

Siguiendo las ideas de Bion (10) y de Bleger (11), acerca de la llamada parte psicótica de la personalidad, considero que al romperse el equilibrio logrado en la latencia predomina por momentos, en el adolescente, precisamente la parte psicótica de la personalidad.

Con ese criterio es posible considerar que la adolescencia se caracteriza por la irrupción de partes indiscriminadas, fusionadas, de la personalidad en aquellas otras más diferenciadas.

Las modificaciones biológicas y el crecimiento corporal, incontrolables, son vividos como un fenómeno psicótico y psicotizante en el cuerpo. Las ansiedades psicóticas resultan incrementadas por la posibilidad real de llevar a cabo las fantasías edípicas de tener un hijo con el progenitor del sexo opuesto. El cuerpo se transforma, pues, en un área en la cual confluyen exigencias biológicas y sociales y se hace así depositario de vivencias y fantasías persecutorias, terroríficas, de carácter psicótico.

Predomina una organización sincrética con una particular percepción del mundo, una realidad especial donde el sujeto no puede llegar a configurar contradicciones. Muchos de los eventos que el adulto puede delimitar y discriminar son para el adolescente equiparables, equivalentes o coexistentes sin mayor dificultad. Son verdaderas crisis de ambigüedad, que pueden considerarse como unas de las expresiones de conducta más típicas del período de la vida que nos ocupa. El tiempo, por supuesto, está entonces dotado de esa indiscriminación que explica la conducta que ejemplificamos anteriormente.

Considero que es durante la adolescencia que la dimensión temporal va adquiriendo lentamente características discriminativas.

A las dificultades del adolescente para diferenciar externo-interno, adulto-infantil, etc., debo agregar la dificultad para distinguir presente-pasado-futuro. Se puede unir "el pasado y el futuro en un devorador presente" (60), presente que tiene características no discriminadas y que por lo tanto implicaría una temporalidad

diferente, que si se aplica a ésta el concepto de Rascovsky (54) podríamos hablar de una temporalidad maníaca, vinculada con el núcleo aglutinado de la personalidad (11) o núcleo psicótico.

Como lo he señalado, en la dimensión temporal se expresa claramente la ambigüedad del adolescente, que está relacionada entonces con la irrupción de la parte psicótica de la personalidad. Por eso es que creo que se puede decir que el mismo pasaje del tiempo, cuando se vivencia, despierta culpa persecutoria y puede movilizar conductas psicóticas (25). No es casual que una entidad nosológica típica de la adolescencia, "el síndrome de difusión de identidad" (15), incluya especialmente la difusión temporal.

Llegado el individuo a la adolescencia, ya tuvo oportunidad de vivenciar parcialmente, separaciones, muerte de objetos internos y externos, de partes del yo, y cierta limitación de lo temporal en el plano vital (fundamentalmente en el cuerpo y en la relación interpersonal-corpórea). El transcurrir del tiempo se va haciendo más objetivo (conceptual), adquiriéndose nociones de lapsos cronológicamente ubicados. Por eso creo que podría hablarse de un tiempo existencial, que sería el tiempo en sí, un tiempo vivencial o experiencial y un tiempo conceptual. El tiempo vivencial y el conceptual pueden corresponder respectivamente a los llamados tiempo rítmico y tiempo cronológico por Rolla (57).

Aceptar la pérdida de la niñez significa aceptar la muerte de una parte del yo y sus objetos para poder ubicarlos en el pasado. En una ela-

boración patológica, este pasado puede amenazar con invadir al individuo, aniquilándolo.

Como defensas, el adolescente *espacializa* el tiempo, para poder "manejarlo" viviendo su relación con el mismo como con un objeto (43) (56). Con este tiempo-espacio-objeto puede manejarse en forma fóbica u obsesiva, convirtiendo las situaciones psicóticas en neuróticas o psicopáticas. Si se niega el pasaje del tiempo, puede conservarse al niño adentro del adolescente como un objeto muerto-vivo. Esto está relacionado con el *sentimiento de soledad* tan típico de los adolescentes, que presentan esos períodos en que se encierran en sus cuartos, se aíslan y retraen. Estos momentos de soledad suelen ser necesarios para que "afuera" pueda quedar el tiempo pasado, el futuro y el presente, convertidos así en objetos manejables. La verdadera capacidad de estar solo es un signo de madurez, que sólo se logra después de estas experiencias de soledad a veces angustiantes de la adolescencia.

Mientras esto ocurre, la noción temporal del adolescente es de características fundamentalmente corporales o rítmicas, o sea, basadas en el tiempo de comer, el de defecar, el de jugar, el de dormir, el de estudiar, etcétera. Ese es el que denomino tiempo vivencial o experiencial.

A medida que se van elaborando los duelos típicos de la adolescencia, la dimensión temporal adquiere otras características. Aquí es cuando surge la *conceptualización* del tiempo, que implica la noción discriminada de pasado, presente y futuro, con la aceptación de la muerte

de los padres y la pérdida definitiva de su vínculo con ellos, y la propia muerte.

Los primeros intentos discriminativos temporales se efectúan a nivel corporal; por ejemplo, el adolescente afirma, refiriéndose a su pasado: "cuando era chico", refiriéndose a su futuro: "cuando sea grande"; ("hice", "podré hacer").

En los momentos de autismo y de paralización, así como en algunos de los de actuación, el adolescente tiende a hacer una regresión hacia etapas previas a la discriminación y aceptación temporal. En dichas ocasiones puede haber conductas de "agitación" o "actuación" (60) y procura defenderse así de la vivencia del transcurrir del tiempo. Mantenerse únicamente en el tiempo experiencial, es una forma de intentar paralizar el tiempo y los cambios, denegar una perspectiva presente y un pasado y un futuro.

Si en el pasado del adolescente hubo una evolución y experiencias positivas, incorporando objetos buenos, la integración y la discriminación temporal se verán facilitadas y el futuro contendrá la identificación proyectiva de un pasado gratificante. El adolescente tendrá entonces conductas más depresivas, menos ambiguas cada vez.

De esta manera considero que la percepción y la discriminación de lo temporal sería una de las *tareas* más importantes de la adolescencia, vinculada con la elaboración de los duelos típicos de esa edad. Esto es lo que considero permite salir de la modalidad de relación narcisista del adolescente y de la ambigüedad que caracterizan

su conducta. Cuando éste puede reconocer un pasado y formular *proyectos* de futuro, con capacidad de *espera y elaboración* en el presente, supera gran parte de la problemática de la adolescencia (38).

Es por ello que concuerdo con Mom (47) cuando señala que en todo análisis hay que prestar especial atención a la búsqueda del tiempo, ya que la disociación y la distancia son elementos que existen en función de la anulación del tiempo. Dice este autor que "el *tiempo* une, integra en una unidad, condiciona una relación objetal con un objeto único". Es decir, el poder conceptualizar el tiempo, vivenciarlo como nexo de unión, es lo esencial, subyacente a la integración de la identidad.

De ahí que considere que la búsqueda de la identidad adulta del adolescente esté estrechamente vinculada con su capacidad de conceptualizar el tiempo.

6. La evolución sexual desde el autoerotismo hasta la heterosexualidad

En la evolución del autoerotismo a la heterosexualidad que se observa en el adolescente, se puede describir un oscilar permanente entre la actividad de tipo masturbatorio y los comienzos del ejercicio genital, que tiene características especiales en esta fase del desarrollo, donde hay más un contacto genital de tipo exploratorio y preparatorio, que la verdadera genitalidad procreativa, que sólo se da, con la correspon-

diente capacidad de asumir el rol parental, recién en la adultez.

Al ir aceptando su genitalidad, el adolescente inicia la búsqueda de la pareja en forma tímida pero intensa. Es el período en que comienzan los contactos superficiales, las caricias —cada vez más profundas y más íntimas— que llenan la vida sexual del adolescente. Se estima que de los 13 a los 20 años el 88 % de los varones y el 91 % de las niñas han tenido ya este tipo de actividad sexual y que prácticamente a los 21 años el 100 % de los muchachos ya han tenido esta experiencia (55).

El enamoramiento apasionado es también un fenómeno que adquiere características singulares en la adolescencia y que presenta todo el aspecto de los vínculos intensos pero frágiles de la relación interpersonal adolescente. El primer episodio de enamoramiento ocurre en la adolescencia temprana y suele ser de gran intensidad. Aparece ahí el llamado "amor a primera vista" que no sólo puede no ser correspondido, sino que incluso puede ser totalmente ignorado por la parte amada de la pareja (27), como ocurre cuando ese ser amado es una figura idealizada, un actor de cine, una estrella del deporte, etcétera, que tiene en realidad las características de un claro sustituto parental al que el adolescente se vincula con fantasías edípicas.

La relación genital heterosexual completa que ocurre en la adolescencia tardía es un fenómeno mucho más frecuente de lo que habitualmente se considera en el mundo de los adultos de diferentes clases sociales. Estos tratan de negar la

genitalidad del adolescente y no sólo minimizan su capacidad de relación genital heterosexual sino que, por supuesto, la dificultan.

Se ha estimado que un 40 a un 60 % de los adolescentes realizan el acto sexual completo, de características genitales (55), que considero, tiene más un carácter exploratorio, de aprendizaje de la genitalidad, que de un verdadero ejercicio genital adulto de tipo procreativo con las responsabilidades y placeres concomitantes.

Freud (22) estableció la importancia de los cambios puberales para la reinstalación fáctica de la capacidad genital del sujeto. Señaló, además, que los cambios biológicos de la pubertad son los que imponen la madurez sexual al individuo, intensificándose entonces todos los procesos psicobiológicos que se viven en esta edad. Es importante destacar que Freud había hablado de genitalidad en la infancia. Al elaborar el duelo por el cuerpo infantil perdido que también significa la elaboración del duelo por el sexo opuesto perdido en este proceso evolutivo, la aceptación de la genitalidad surge con fuerza en la adolescencia, impuesta por la presencia difícil de negar de la menstruación o de la aparición del semen. Ambas funciones fisiológicas que maduran en este período de la vida imponen al rol genital la procreación y la definición sexual correspondiente.

La dentición marca el fin del vínculo oral con la madre. El modelo de vínculo oral es el que se va a tratar de reestablecer en la segunda mitad del primer año de vida cuando aparece la fase genital previa de Arminda Aberastury

(3) (4) (5). Siguiendo las ideas de esta investigadora, es posible ver cómo aparece aquí la necesidad del tercero y la estructuración del complejo de Edipo temprano que tiene entonces características genitales y no orales. Es en este momento cuando ocurre el descubrimiento y manipuleo de los órganos genitales y las fantasías del establecimiento de un vínculo en un nivel genital. Estas fantasías de vínculo genital se dan con las características de lo *penetrante* para lo masculino y de lo *penetrado* para lo femenino. Es menester destacar que el vínculo debe restablecerse por lo tanto en el nivel de esas funciones y en consecuencia, tanto para el hombre como para la mujer, las primeras fantasías de recuperación del vínculo originariamente perdido pueden hacerse si se establecen sobre un *modelo genital*, utilizando entonces los órganos genitales, no como instrumentos sádicos —como implicaría el seguir manteniendo el vínculo oral después de la aparición de la dentición— sino como una posibilidad de vínculo afectivo y por lo tanto factible de ser mantenido.

Son entonces las fantasías de penetrar o de ser penetrada el modelo de vínculo que se va a mantener durante toda la vida ulterior del sujeto, como expresión de lo masculino y lo femenino. Para ello, las figuras de la madre y del padre son fundamentales y esenciales. La ausencia o déficit de la figura del padre va a ser la que va a determinar la fijación en la madre, y por lo tanto, va a ser también el origen de la homosexualidad, tanto del hombre como de la mujer.

Las posibilidades de la elaboración satisfactoria en el lactante de la fase genital previa son factibles, si éste puede masturbarse en forma no compulsiva, si se identifica proyectivamente con los padres en coito positivo y amoroso, y si puede realizar actividades lúdicas (3) (4).

Es menester destacar que esta fase genital previa y su elaboración queda incluida entre las fases pre-genitales, y se va a repetir después en el período fálico clásico, a los 4 ó 5 años. También aquí, y siguiendo el criterio clásico freudiano de las series complementarias, es necesario reconocer que la conducta de los padres frente a la fase genital previa, y a toda la genitalidad infantil, influirá en forma determinante en la evolución genital del sujeto.

Esto es precisamente lo que vemos en la adolescencia, donde la posible instrumentación de la genitalidad, con significados adultos, reagudiza la fantasía y experiencia pasada hasta ese entonces. Así podemos ver el fenómeno de la evolución del autoerotismo a la heterosexualidad (masturbación primero, como fase genital previa; actividad lúdica que lleva al aprendizaje —que es el aprendizaje lúdico del otro sexo a través del toqueteo, bailes, juegos, deportes—, lo que constituye también una forma de exploración).

Cabe también aquí el problema de la *curiosidad sexual*, expresada en el interés por las revistas pornográficas, tan frecuentes entre los adolescentes. El exhibicionismo y el voyerismo se manifiestan en la vestimenta, el cabello, el tipo de bailes, etcétera.

En este período evolutivo la importancia de las figuras parentales reales es enorme. La escena primaria es positiva o negativa según las experiencias primeras y la imagen psicológica que proporcionan los padres reales externos.

Los cambios biológicos que se operan en la adolescencia producen gran ansiedad y preocupación, porque el adolescente debe asistir pasiva e impotentemente a los mismos. La tentativa de negar la pérdida del cuerpo y del rol infantil especialmente, provocan modificaciones en el esquema corporal que se tratan de negar, en la elaboración de los procesos de duelo normales de la adolescencia.

Anna Freud ha señalado que la genitalidad determina modificaciones del yo que se ve en graves conflictos con el ello, obligándole a recurrir a nuevos y más específicos mecanismos de defensa (21). Melanie Klein (28) sostiene que la resurgencia de libido que sigue a la latencia, refuerza las demandas del ello al mismo tiempo que las exigencias del superyo se incrementan. El compromiso entonces no sólo cubre al yo y al ello, sino que hace intervenir al superyo muy activamente. Si consideramos que en la configuración del superyo, desde el primer momento intervienen los padres, son estas luchas con las figuras parentales mediante los procesos de identificación con las mismas, las que van a llevar a la cristalización final de la identidad adolescente, preparándola para ser una identidad adulta.

Así como durante la fase genital previa se establece el triángulo edípico, en la adolescencia

éste se reactiva con toda intensidad porque como la instrumentación de la genitalidad se hace factible, el individuo se ve obligado a recurrir a mecanismos de defensa más persistentes y enérgicos.

De no hacerlo, la *consumación del incesto* sería posible. Esta sería la realización actualizada de la genitalidad temprana, con la pérdida absoluta de la fuente de identificación sexual definitiva adulta. El individuo que realizara el incesto tendría un impedimento en el proceso de *individuación*, ya que permanecería mantenido en una relación genital temprana, sin posibilidades de definición sexual real. (La figura parental que permitiría el incesto actuaría la fantasía de impedir el desprendimiento del hijo.) Ello llevaría a mantener a través de la consumación incestuosa una realización simbiótica que, de acuerdo con lo que he estudiado con Arminda Aberastury, podría constituir la base de la homosexualidad tanto del hombre como de la mujer.

Es durante la adolescencia, y como aspectos de la elaboración de la situación edípica, que pueden verse aspectos de conducta femeninos en el varón y masculinos en la niña, que son las expresiones de una bisexualidad no resuelta.

Al ir elaborando el complejo de Edipo, en el varón aparecen idealizaciones del padre, que adquiere entonces las características de un ser bueno y poderoso que permite visualizar los sentimientos que tiene el adolescente hacia su padre real y que va a poder manejar en la relación adulta con el mismo. Puede identificarse

entonces con los aspectos positivos del padre, superar el temor a la castración por medio de realizaciones y logros diversos, completar sus estudios o su aprendizaje del trabajo, aceptar sus progresos, que son los que le mostrarán que es en realidad el mismo, el propio adolescente, el que también tiene potencia y capacidad creativa.

En la niña ocurre algo similar, ya que al elaborar su situación edípica puede aceptar la belleza de sus atributos femeninos y también realizarse en el trabajo o en el estudio de una manera netamente femenina, aceptando que su cuerpo no ha sido ni destruido ni vaciado, pudiendo entonces identificarse con los aspectos positivos de su madre.

Hay por supuesto un fenómeno específico de la mujer, que es el de la menarca, vivida en nuestra cultura como algo peligroso, dañino, y que refuerza todo tipo de fantasías persecutorias y destructivas (28) (41) (42). Debo destacar, sin embargo, que este tipo de situación no es la que fatalmente se da *siempre*, aunque por supuesto, en una gran proporción de niñas de nuestra cultura es dable observarlo. Cuando las fases genitales tempranas, y la sexualidad en general son más aceptadas por los padres, y cuando éstos mantienen una relación armoniosa, brindando entonces una imagen externa de escena primaria positiva, la aparición de la menstruación puede ser vivida como una confirmación de la sexualidad femenina e iniciar entonces en la niña una verdadera etapa de satisfacciones y realizaciones genitales muy positivas.

Es normal que en la adolescencia aparezcan períodos de predominio de aspectos femeninos en el varón y masculinos en la niña. Es necesario tener siempre presente el concepto de bisexualidad, y aceptar que la posición heterosexual adulta exige un proceso de fluctuaciones y aprendizaje en ambos roles.

Es preciso tener en cuenta que el ejercicio genital procreativo sin asumir la responsabilidad consiguiente, no es un índice de madurez genital sino más bien de serias perturbaciones en este nivel. Por lo tanto no puede aceptarse como un *logro genital* el hecho de que un adolescente en tratamiento psicoterápico o psicoanalítico haya podido establecer una relación de pareja o iniciar contactos genitales procreativos. He podido observar matrimonios consumados por adolescentes, o por personas jóvenes con características francamente adolescentes, que muestran una total incapacidad para asumir los roles adultos correspondientes y que, por lo tanto, han estado condenados a un fracaso irremediable.

Spiegel (63) ha señalado que la sexualidad parece actuar como una fuerza que irrumpe sobre o en el individuo en vez de ser vivida por éste como una expresión de sí mismo. Es que la sexualidad es vivida por el adolescente como una fuerza que se impone en su cuerpo y que le obliga a separarlo de su personalidad mediante un mecanismo esquizoide por medio del cual, el cuerpo es algo externo y ajeno a sí mismo. He observado adolescentes que nos hablan de sus relaciones sexuales como de algo necesario no

para ellos, sino para su pene o para su vagina, o para su "salud corporal". Y es aquí cuando recurren, en realidad, a una verdadera negación de su genitalidad. Es entonces que, al tratar de recuperar maníacamente la bisexualidad perdida, tienen que optar por la masturbación. Esta es fundamentalmente, entonces, un intento maniaco de mantener la bisexualidad que a veces se exterioriza por la práctica homosexual.

Se ha estimado que aproximadamente un 3 % de las niñas y el 27 % de los muchachos en edad adolescente llegan a tener orgasmo como resultado de contactos homosexuales, generalmente de tipo masturbatorio (49). Es preciso destacar con Fenichel (19) que las ocasionales experiencias homosexuales entre adolescentes no deben ser consideradas patológicas siempre y cuando tengan ese aspecto de fenómeno temporario de adaptación y no cristalicen como conductas definitivas.

De acuerdo con mi experiencia, en la búsqueda de definición genital el adolescente suele tener que pasar por períodos de homosexualidad, que pueden ser la expresión de una proyección de la bisexualidad perdida y anhelada, en otro individuo del mismo sexo. De esta manera podría el adolescente, en su fantasía, recuperar el sexo que se está perdiendo en su proceso de identificación genital.

No deben pues alarmar a nadie las situaciones fugaces de homosexualidad que presente el adolescente, y sobre todo aquellas que aparecen enmascaradas a través de contactos entre adolescentes del mismo sexo, salidas, bailes, etcétera.

Deseo enfatizar que, como señalé antes, la falta de la figura paterna hace que tanto el varón como la mujer queden fijados a la madre. El varón, al no tener una figura masculina con quien identificarse por déficit o ausencia de la figura paterna, tratará de buscar esa figura toda su vida (búsqueda del pene que da potencia y masculinidad). La niña queda fijada a la relación oral con la madre y en el contacto piel a piel, reprimiendo y negando las posibilidades de una relación con un pene, por la inexistencia del mismo en sus tempranas relaciones objetales.

Siguiendo entonces ideas elaboradas con Arminda Aberastury puedo decir que la raíz de la homosexualidad —que suele darse transitivamente como una manifestación típica de la adolescencia— es preciso buscarla en la circunstancia de que el padre no asume sus roles o está ausente. Entonces, tanto el varón como la niña van a ir a la homosexualidad, porque ambos quedan así obligados a mantener la bisexualidad como defensa frente al incesto.

Tanto en esta homosexualidad normal y transitoria, como en la actividad genital previa, y la genital preparatoria para la genitalidad procreativa, el proceso masturbatorio está presente desde la temprana infancia hasta la adolescencia avanzada.

La actividad masturbatoria en la primera infancia tiene una finalidad exploratoria y preparatoria para la futura aceptación de la genitalidad (6).

Estas experiencias de exploración, que tienen por finalidad encontrar órganos capaces de reproducir la relación perdida con la madre, van a ir configurando en el esquema corporal la imagen del aparato genital. Llevarán al bebe al juicio de realidad de que su cuerpo dispone de *uno solo* de los términos de esa relación perdida: la niña encuentra la vagina y el varón el pene. Cuando la niña o el varón se masturban reconstruyen con una parte de su propio cuerpo el sexo que no tienen. Con la bipedestación, la marcha y el lenguaje, el niño tiene nuevas fuentes de satisfacción y se amplían sus relaciones con el mundo (1). La actividad masturbatoria disminuye entonces y se hace cada vez más creciente la actividad lúdica y las múltiples sublimaciones que surgen a esa edad.

En los distintos períodos de la vida, antes de llegar a la adultez, se mantiene la actividad masturbatoria con las características de negación maníaca.

He podido observar que más allá de las fantasías de la escena primaria que se han descrito como típicas en la masturbación, también existe una verdadera disociación mente-cuerpo en la que el individuo aparece como espectador de una escena primaria que se está realizando en su propio cuerpo. Niños y adolescentes suelen asociar con el relato de sus experiencias masturbatorias, escenas en donde el coito de los padres está siendo visualizado por ellos.

De acuerdo con lo que estoy exponiendo, la masturbación es primero una experiencia lúdica en la cual las fantasías edípicas son manejadas

solitariamente, intentando descargar la agresividad mezclada de erotismo a través de la misma, y aceptando la condición de tercero excluido. Es, además del intento maniaco de negar la pérdida de la bisexualidad, parte del proceso de duelo normal de la adolescencia. Lo lúdico y preparatorio de la infancia y la niñez se modifica en la pubertad y en la adolescencia. Aquí, la madurez genital, al dar al sujeto la capacidad de unión en un nivel genital, y al otorgarle su capacidad procreativa, hace que las fantasías incestuosas se incrementen lo mismo que la frustración, puesto que el individuo ya posee el instrumento efector de la genitalidad, el cual sin embargo aún no puede usar (por restricciones socioculturales). Es por ello que uno de los motivos por el cual las fantasías masturbatorias en la pubertad son mucho más destructivas y cargadas de culpa (6) que en la infancia.

Es que frente a la definición de la necesidad de la satisfacción genital se reactiva e intensifica la actividad masturbatoria iniciada en la temprana infancia, como un intento desesperado de mantener al sujeto en la bisexualidad. La intensidad del conflicto creado por la metamorfosis corporal y el incremento de la genitalidad explica la intensidad de esa actitud y sus características más angustiosas en la adolescencia.

Pero también tiene aquí la masturbación la finalidad exploratoria, de aprendizaje y preparatoria para la futura genitalidad procreativa.

Es posible resumir lo expuesto diciendo que la masturbación, como fenómeno normal de la adolescencia, le permite al individuo en esta

etapa de su vida, pasar por la etapa esquizo-paranoide de su personalidad, considerar a sus genitales como ajenos a sí mismo, tratar de recuperarlos e integrarlos, y finalmente realizar el proceso depresivo a través de una angustia, primero persecutoria y luego depresiva, e integrar sus genitales a todo el concepto de sí mismo, formando realmente una identidad genital adulta con capacidad procreativa, independencia real y capacidad de formar una pareja estable en su propio espacio y en su propio mundo.

Es decir, habrá llegado el individuo a la genitalidad procreativa.

En este sentido, y siguiendo en parte a Erikson (15), es posible definir la genitalidad adulta como el pleno ejercicio de la capacidad libidinal de un sujeto, mediante la puesta en juego de los elementos remanentes de todas las etapas de maduración psicosexual, con la culminación en el nivel genital, con otro sujeto del sexo opuesto y con la aceptación implícita de la capacidad de procrear, siempre que las condiciones socioeconómicas de la realidad externa lo permitan, integrando así una constelación familiar, con los roles adultos correspondientes (30).

7. Actitud social reivindicatoria

En parte me he referido a esto cuando he hablado del fenómeno grupal. Hay, por supuesto, otras muchas características de estas actitudes combativas y reivindicatorias del adolescente a las que he hecho reiteradas referencias y que lógicamente necesitarían estudiarse con

más detalle (30) (36) (37). Es importante destacar que fue precisamente un fenómeno social, el desarrollo de la delincuencia juvenil en los Estados Unidos de América del Norte, el que influyó grandemente para que se hicieran estudios más extensos y prolijos acerca de la adolescencia (14).

No todo el proceso de la adolescencia depende del adolescente mismo, como una unidad aislada en un mundo que no existiera. No hay duda alguna de que la constelación familiar es la primera expresión de la sociedad que influye y determina gran parte de la conducta de los adolescentes.

La misma situación edípica que viven los adolescentes, la viven los propios progenitores del mismo. La aparición de la instrumentación de la genitalidad, como una realidad concreta en la vida del adolescente, también es percibida por los padres de éste. Es sabido que muchos padres se angustian y atemorizan frente al crecimiento de sus hijos, reviviendo sus propias situaciones edípicas conflictivas. No son ajenos los padres a las ansiedades que despierta la genitalidad de los hijos y el desprendimiento de los mismos, y los celos que esto implica.

Así se provoca lo que Stone y Church (64) han denominado muy adecuadamente la situación de "ambivalencia dual", ya que la misma situación ambivalente que presentan los hijos separándose de los padres, la presentan éstos al ver que aquéllos se alejan. Si a ello unimos los mecanismos proyectivos y esquizo-paranoides típicos del adolescente y la reacción de la sociedad en la

que el adolescente se mueve, podemos ver que es toda la sociedad la que interviene muy activamente en la situación conflictiva del adolescente.

Sería sin duda una grave sobresimplificación del problema de la adolescencia, el atribuir todas las características del adolescente a su cambio psicobiológico, como si en realidad todo esto no estuviese ocurriendo en un ámbito social. Las primeras identificaciones son las que se hacen con las figuras parentales, pero no hay duda alguna de que el medio en que se vive determina nuevas posibilidades de identificación, futuras aceptaciones de identificaciones parciales e incorporación de una gran cantidad de pautas socioculturales y económicas que no es posible minimizar. La ulterior aceptación de la identidad está forzosamente determinada por un condicionamiento entre individuo y medio que es preciso reconocer.

Creo, con otros autores, que hay bases comunes a todas las sociedades que están determinadas por la propia condición humana y por los conflictos naturales de los individuos humanos. En el intento vital que presenta el individuo para identificarse con sus figuras parentales, y tratar luego de superarlas en la realidad de su existencia, el adolescente presenta una conducta que es el resultado final de una estabilidad biológica y psíquica, de la urgencia de los dispositivos cambiantes de relación objetal y de la vitalidad de los conflictos inconscientes. Estos últimos están moldeados sobre la sociedad en la que el individuo vive (48). La cultura modifica enormemente las características exteriores del

proceso, aunque las dinámicas intrínsecas del ser humano sigan siendo las mismas. Creo que los estudios antropológicos muestran variedades de manifestaciones de vida en común del ser humano, que por supuesto, en la adolescencia, se marcan con rasgos sobresalientes, pero que de ninguna manera implican una negación de las características básicas y fundamentales que son las que se pueden describir en el adolescente. Lo aquí descrito como básico psicodinámico-biológico del individuo se exterioriza de diferentes maneras de acuerdo con los patrones culturales. De acuerdo con mi pensamiento, el comprender los patrones culturales puede ser sumamente importante para determinar ciertas pautas exteriores de manejo de la adolescencia, pero el comprender la adolescencia en sí misma es esencial para que estas pautas culturales puedan ser modificadas y utilizadas adecuadamente cuando el adolescente claudica en la patología. La adolescencia es recibida predominantemente en forma hostil por el mundo de los adultos en virtud de las situaciones conflictivas edípicas a las que ya he hecho referencia. Se crean "estereotipos" (7), con los que se trata de definir, caracterizar, señalar, aunque en realidad creo yo, se busca aislar fóbicamente a los adolescentes del mundo de los adultos.

No es una simple casualidad que la entrada a la pubertad esté tan señalada en casi todas las culturas. Los llamados *ritos de iniciación* son muy diversos, aunque tienen fundamentalmente siempre la misma base: la rivalidad que los padres del mismo sexo sienten al tener que acep-

tar como a sus iguales —y posteriormente incluso admitir la posibilidad de ser reemplazados por los mismos—, a sus hijos, que así se identifican con ellos (48). La sociedad es la que se hace cargo del conflicto edípico y tiende a imponer su solución, a veces de una manera sumamente cruel, lo que ya refleja esa situación de ambivalencia dual a la que me he referido y al antagonismo que los padres sienten hacia sus hijos.

No creo que éste sea un simple fenómeno de estudio antropológico que pueda reflejar una curiosidad histórica con referencia a culturas primitivas. Nuestra propia sociedad puede ser tan cruel como la más incivilizada de las culturas arcaicas que conocemos. Es muy conocida la rigidez de algunos padres, las formalidades que exigen a la conducta de sus hijos adolescentes, las limitaciones brutales que se suelen imponer, la ocultación maliciosa que se hace de la aparición de la sexualidad, el tabú de la menarca, las negaciones de tipo "moralista" que contribuyen a reforzar las ansiedades paranoides de los adolescentes.

También es conocida la contradicción de nuestra sociedad contemporánea, donde las posibilidades materiales para el ser humano son enormes, especialmente en los llamados países de afluencia, y donde sin embargo, todo se le hace prácticamente imposible al adolescente. Podemos sentarnos frente a la pantalla de un televisor en nuestro propio hogar y ver lo que pasa en los países más alejados y en las sociedades más desconocidas. Podemos así reconocer la

falacia de nuestras costumbres y podemos intentar modificarlas.

El fenómeno de la subcultura adolescente se expande y se contagia como un signo de "rebelión". En realidad, creo que se trata de identificaciones cruzadas y masivas, que ocurren como una necesidad de defensa yoica en este período de la vida, mediante la cual el sujeto va desprendiéndose de situaciones infantiles y viéndose al mismo tiempo como peligrosa e indefinida su entrada al mundo de los adultos.

La actitud social reivindicatoria del adolescente se hace prácticamente imprescindible.

La sociedad, aun manejada de diferente manera y con distintos criterios socioeconómicos, impone restricciones a la vida del adolescente. El adolescente, con su pujanza, con su actividad, con la fuerza reestructuradora de su personalidad, trata de modificar la sociedad, que por otra parte, está viviendo constantemente modificaciones intensas. Teniendo conciencia de la transpolación que significa lo que afirmo, es posible decir que se crea un malestar de tipo paranoide en el mundo adulto que se siente amenazado por los jóvenes que van a ocupar ese lugar y que, por lo tanto, son reactivamente desplazados. El adulto proyecta en el joven su propia incapacidad por controlar lo que está ocurriendo sociopolíticamente a su alrededor y trata entonces de desubicar al adolescente. Vemos que muchas veces las oportunidades para los adolescentes capaces están muy restringidas y en no pocas oportunidades el adolescente tiene que adaptarse, sometiéndose a las necesidades

que el mundo adulto le impone. Parecería que a veces, como lo dice Sullivan (65), el adolescente tuviera que descubrir que sólo puede progresar en el comercio o la industria mediante una paciente y sistemática adaptación a los dictados de los débiles mentales, y señala cómo el triunfo de la mediocridad y la estupidez humana, brindan un cierto grado de "comodidad" cuya única salida es a veces encontrada en las gestas "heroicas" del crimen y de la delincuencia.

En la medida en que el adolescente no encuentre el camino adecuado para su expresión vital y la aceptación de una posibilidad de realización, no podrá nunca ser un adulto satisfecho. La tecnificación de la sociedad, el dominio de un mundo adulto incomprensible y exigente, la burocratización de las posibilidades de empleo, las exigencias de una industrialización mal canalizada y una economía mal dirigida, crean una división de clases absurda e ilógica que el individuo trata de superar mediante crisis violentas, que pueden compararse con verdaderas actitudes de tipo psicopático de la adolescencia (aquí me refiero específicamente a un mecanismo útil por lo inevitable). Muchas otras veces, frente a estas vicisitudes, la reacción de la adolescencia, aunque violenta, puede adoptar la forma de una reestructuración yoica revolucionaria, conducente a una liberación de ese superyo social cruel y limitante. Es entonces la parte sana de la sociedad la que se refugia en el baluarte de una adolescencia activa, que canaliza las lógicas reivindicaciones que la misma sociedad necesita para un futuro mejor.

Como psicoanalista pienso que para poder comprender algunos de estos cambios, debemos tener en cuenta las dinámicas psicológicas, que están determinadas no solamente por las realidades socioeconómicas del mundo en que se vive, sino también por las necesidades psicológicas de una adolescencia que se prolonga en lo que antes era una adultez serena, y que hoy no puede ser sino una inquietud, una inestabilidad, una sensación de fracaso que debe tratar de superarse de cualquier manera y a cualquier precio.

La juventud revolucionaria del mundo, y la nuestra en especial, tiene en sí el sentimiento místico de la necesidad del cambio social. Lo que puede explicarse como el manejo omnipotente del mundo que necesita lucubrar el adolescente como compensación, encuentra en la realidad social frustrante una imagen especular de su superyo cruel y restrictivo. Las partes sanas de su yo se ponen al servicio de un ideal que permite modificar estas estructuras sociales colectivas y surgen así grandes movimientos de contenido valedero y noble para el futuro de la humanidad. El peligro reside en que mediante el mismo mecanismo se pueden canalizar a ciertos jóvenes hacia empresas y aventuras destructivas, perniciosas y patológicamente reivindicatorias.

Es decir, las actitudes reivindicatorias y de reforma social del adolescente pueden ser la cristalización en la acción de lo que ha ocurrido ya en el pensamiento. Las intelectualizaciones,

fantasías conscientes, necesidades del yo fluctuante que se refuerza en el yo grupal, hacen que se transformen en pensamiento activo, en verdadera acción social, política, cultural, esta elaboración del proceso de la adolescencia que considero tan fundamental en todo el desarrollo evolutivo del individuo.

Frente al adolescente individual, es necesario no olvidar que gran parte de la oposición que se vive por parte de los padres, es trasladada al campo social. Además, gran parte de la frustración que significa hacer el duelo por los padres de la infancia, se proyecta en el mundo externo. De esta manera el adolescente siente que no es él quien cambia, quien abandona su cuerpo y su rol infantil, sino que son sus padres y la sociedad los que se niegan a seguir funcionando como padres infantiles que tienen con él actitudes de cuidado y protección ilimitados. Descarga entonces contra ellos su odio y su envidia y desarrolla actitudes destructivas. Si puede elaborar bien los duelos correspondientes y reconocer la sensación de fracaso, podrá introducirse en el mundo de los adultos con ideas reconstructivas, modificadoras en un sentido positivo de la realidad social y tendientes a que cuando ejerza su identidad adulta pueda encontrarse en un mundo realmente mejor. Insisto que cuando hablo de adaptación, aceptación o reconocimiento no me refiero al *sometimiento*, sino a la inteligente posibilidad de una relación objetal no masoquista.

8. Contradicciones sucesivas en todas las manifestaciones de la conducta

La conducta del adolescente está dominada por la acción, que constituye la forma de expresión más típica en estos momentos de la vida, en que hasta el pensamiento necesita hacerse acción para poder ser controlado.

El adolescente no puede mantener una línea de conducta rígida, permanente y absoluta, aunque muchas veces la intenta y la busca.

Spiegel (63) ha hablado de la personalidad del adolescente describiéndola como "esponjosa". Por supuesto es una personalidad permeable, que recibe todo y que también proyecta enormemente, es decir, es una personalidad en la que los procesos de proyección e introyección son intensos, variables y frecuentes.

Esto hace que no pueda haber una línea de conducta determinada, que ya indicaría una alteración de la personalidad del adolescente. Por eso es que hablamos de una "normal anormalidad", de una inestabilidad permanente del adolescente. Sólo el adolescente mentalmente enfermo podrá mostrar rigidez en la conducta. El psicópata, por ejemplo, muestra todas las características descritas como fugaces y transitorias en el adolescente, pero de una manera rígida, cristalizada, estable e inflexible. El neurótico obsesivo, el autista, el adolescente con difusión de personalidad, nos mostrarán características estabilizadas de conducta en un nivel patológico.

En el adolescente, un indicio de normalidad se observa en la labilidad de su organización defensiva.

Es el mundo adulto el que no tolera los cambios de conducta del adolescente, el que no acepta que el adolescente pueda tener identidades ocasionales, transitorias, circunstanciales como he descrito anteriormente, y exige de él una identidad adulta, que por supuesto no tiene por qué tener.

Estas contradicciones, con la variada utilización de defensas, facilitan la elaboración de los duelos típicos de este período de la vida y caracterizan la identidad adolescente.

9. Separación progresiva de los padres

Ya he indicado que uno de los duelos fundamentales que tiene que elaborar el adolescente es el duelo por los padres de la infancia. Por lo tanto, una de las tareas básicas concomitantes a la identidad del adolescente, es la de ir separándose de los padres, lo que está favorecido por el determinismo que los cambios biológicos imponen en este momento cronológico del individuo. La aparición de la capacidad efectora de la genitalidad impone la separación de los padres y reactiva los aspectos genitales que se habían iniciado con la fase genital previa. La intensidad y calidad de la angustia con que se maneja la relación con los padres y su separación de éstos, estará determinada por la forma en que se ha realizado y elaborado la fase genital previa de cada individuo, a la que se sumarán, por supuesto, las

experiencias infantiles anteriores y ulteriores y la actual de la propia adolescencia.

La aparición de la instrumentación de la genitalidad con capacidad procreativa, como ya lo he señalado, es percibida también por los padres del adolescente. Muchos padres se angustian y atemorizan frente al crecimiento de sus hijos reviviendo sus propias situaciones edípicas, lo que, como ya lo he indicado, da lugar a situaciones conflictivas sumamente complejas que es preciso tener en cuenta.

No son ajenos los padres a las ansiedades que despiertan la genitalidad y el desprendimiento real, y a los celos que esto implica en los hijos y en ellos mismos. La evolución de la sexualidad depende en gran parte de cómo los mismos padres acepten los conflictos y el desprendimiento que los hijos de una manera u otra pueden expresar. Ya me he referido al concepto de *ambivalencia dual* que es menester reiterar aquí para entender el difícil proceso de separación entre padres e hijos adolescentes.

Muchas veces los padres niegan el crecimiento de los hijos y los hijos viven a los padres con las características persecutorias más acentuadas.

Esto ocurre especialmente si la fase genital previa se ha desarrollado con dificultades y las figuras de los padres combinados, la escena primaria, ha tenido y tiene caracteres de indiferenciación y de persecución. Si la figura de los padres aparece con roles bien definidos, en una unión amorosa y creativa, la escena primaria disminuye sus aspectos persecutorios y se con-

vierte en el modelo del vínculo genital que el adolescente buscará realmente.

La presencia internalizada de buenas imágenes parentales, con roles bien definidos, y una escena primaria amorosa y creativa, permitirá una buena separación de los padres, un desprendimiento útil, y facilitará al adolescente el pasaje a la madurez, para el ejercicio de la genitalidad en un plano adulto.

Por otro lado, figuras parentales no muy estables ni bien definidas en sus roles, pueden aparecer ante el adolescente como desvalorizadas y obligarlo a buscar identificaciones con personalidades más consistentes y firmes, por lo menos en un sentido compensatorio o idealizado. En esos momentos la identificación con ídolos de distinto tipo, cinematográficos, deportivos, etcétera, es muy frecuente. En ocasiones pueden darse identificaciones de tipo psicopático, en donde por medio de la identificación introyectiva el adolescente comienza a actuar los roles que atribuye al personaje con el cual se identificó.

En virtud de la necesidad de negar las fantasías genitales, y la posibilidad de realización edípica, los mecanismos esquizoparanoides suelen ser muy intensos. Gran parte de la relación con los padres está disociada y éstos son vividos entonces como figuras o muy malas o muy buenas, lo que por supuesto depende fundamentalmente de cómo han sido introyectadas estas figuras en las etapas pregenitales, entre las que incluimos la fase genital previa. Las identificaciones se hacen entonces con sustitutos paren-

tales en los cuales pueden proyectarse cargas libidinales, especialmente en sus aspectos idealizados, lo que permite la negación de la fantasía edípica subyacente. Es así como aparecen relaciones fantaseadas con maestros, héroes reales e imaginarios, compañeros mayores, que adquieren características parentales, y pueden empezar a establecer relaciones que en ese momento satisfacen más.

La disociación esquizoide del adolescente es un fenómeno normal y natural que es preciso aprender a reconocer para comprender algunas de sus características. La ubicación social de este fenómeno puede hacer que se entienda con mucho más claridad la base fundamental común que presenta determinada característica cultural, en un cierto medio geográfico y tradicional.

Sólo se observará una variación externa de la forma de expresión de un fenómeno básico psicológico que es el que describo en este momento.

10. Constantes fluctuaciones del humor y del estado de ánimo

En mi primer trabajo sobre este tema (30) he señalado y enfatizado cómo los fenómenos de "depresión" y "duelo" acompañan el proceso identificador de la adolescencia. Un sentimiento básico de ansiedad y depresión acompañarán permanentemente como substrato a la adolescencia.

La cantidad y la calidad de la elaboración de los duelos de la adolescencia determinarán la

mayor o menor intensidad de esta expresión y de estos sentimientos.

En el proceso de fluctuaciones dolorosas permanentes, la realidad no siempre satisface las aspiraciones del individuo, es decir, sus necesidades instintivas básicas, o su modalidad específica de relación objetal en su propio campo dinámico. El yo realiza intentos de conexión placentera —a veces displacentera—, nirvánica con el mundo, que no siempre se logra, y la sensación de fracaso frente a esta búsqueda de satisfacciones puede ser muy intensa y obligar al individuo a refugiarse en sí mismo. He ahí el repliegue autista (38) que es tan singular del adolescente y que puede dar origen a ese "sentimiento de soledad" tan característico de esa tan típica situación de "frustración y desaliento" y de ese "aburrimiento" que "suele ser un signo distintivo del adolescente" (13). El adolescente se refugia en sí mismo y en el mundo interno que ha ido formando durante su infancia preparándose para la acción y, a diferencia del psicópata, del neurótico o del psicótico, elabora y reconsidera constantemente sus vivencias y sus fracasos. Como ejemplo típico de lo contrario podemos tomar al psicópata, que siente la necesidad de actuar directamente por lo penoso que se le hace enfrentar depresivamente todas estas situaciones de su mundo interno.

La intensidad y frecuencia de los procesos de introyección y proyección pueden obligar al adolescente a realizar rápidas modificaciones de su estado de ánimo ya que se ve de pronto sumergido en las desesperanzas más profundas o,

cuando elabora y supera los duelos, puede proyectarse en una elación que muchas veces suele ser desmedida.

Los cambios de humor son típicos de la adolescencia y es preciso entenderlos sobre la base de los mecanismos de proyección y de duelo por la pérdida de objetos que ya he descripto; al fallar estos intentos de elaboración, tales cambios de humor pueden aparecer como microcrisis maniacodepresivas.

Ψ Ψ Ψ

He descripto aquí el síndrome de la adolescencia normal. Se trata por supuesto de una presentación esquemática de un proceso fenomenológico que permite apreciar la expresión conductual y determinar las características de la identidad y del proceso adolescente. Los fenómenos subyacentes, de carácter dinámico, se interpretan como el motor que determina este tipo de expresión de conducta.

Destacamos que el aceptar una "normal anormalidad" del adolescente, no implica ubicar a éste en un cuadro nosológico, sino que tiene por objeto facilitar la comprensión de este período de la vida, con las características que he destacado, todo lo cual configura una manifestación que se puede objetivar en la clínica. La descripción de esta situación, en la que han sido destacados los caracteres de "anormalidad", tiene el mismo objeto que ha llevado a Melanie Klein a hablar de fantasías psicóticas en el bebe. Se trata de ubicar la personalidad con todas sus

características dinámicas para una mejor comprensión de la misma. Las descripciones idealizadas, o los preconceptos denigratorios y persecutorios con respecto a la adolescencia, no ayudan ni al sociólogo, ni al educador, ni al psicólogo o al psiquiatra a enfrentar este período de la vida cuyo estudio profundo, curiosamente, ha sido dejado un poco de lado, si se revisa adecuadamente la literatura psiquiátrica y psicoanalítica, excepto la de los últimos dos o tres años.

Poder aceptar la anormalidad habitual en el adolescente, vista desde el ángulo de la personalidad idealmente sana o de la personalidad normalmente adulta, permitirá un acercamiento más productivo a este período de la vida. Podrá determinar el *entender* al adolescente desde el punto de vista adulto, facilitándole su proceso evolutivo hacia la identidad que busca y necesita. Solamente si el mundo adulto lo comprende adecuadamente y *facilita* su tarea evolutiva, el adolescente podrá desempeñarse correcta y satisfactoriamente, gozar de su identidad, de todas sus situaciones, aun de las que aparentemente tienen raíces patológicas, para elaborar una personalidad más sana y feliz.

De lo contrario, siempre se proyectarán en el adolescente las ansiedades y la patología del adulto y se producirá ese colapso o crisis de enfrentamiento generacional, que dificulta el proceso evolutivo y no permite el goce real de la personalidad.

